

colonial fue y debía ser exacta imitación de la española» (14), pero no se pregunta las razones de ello ni examina las características del fenómeno colonial en el campo de la cultura. La verdad es que el joven Riva Agüero siente muy poca afición por la literatura de la colonia y aun por la época colonial:

¿A qué se reduce, pues, la literatura colonial? A sermones y versos igualmente infestados por el gongorismo y por bajas adulaciones, y a la vasta pero indigesta erudición de León Pinelo, Espinosa Medrano, Menacho, Llano Zapata, Bermúdez de la Torre, Peralta y Bravo de Lagunas: literatura vacía y ceremoniosa, hinchada y áulica, literatura chinesca y bizantina, a la vez caduca e infantil, con todos los defectos de la niñez y de la drecrepitud, interesante para el bibliófilo y el historiador, pero inútil y repulsiva para el artista y el poeta. La excepción única que puede hacerse es para con el agudo satírico Juan del Valle y Caviedes (15).

Tiene interés recordarlo, puesto que José Carlos Mariátegui, en sus *7 ensayos...* presenta al Riva Agüero del *Carácter...* como un ardiente defensor de todo lo colonial. No es así, pero, como veremos más adelante, al desinterés por lo colonial se une un hispanismo fervoroso que será el elemento decisivo de su teoría de la literatura peruana.

La primera consecuencia que Riva Agüero deduce de su estudio es que la literatura peruana forma parte de la castellana. No se trata, en realidad, de una consecuencia, aunque el autor la presente como tal, sino de un punto de partida, de una formulación *a priori*:

*La literatura peruana forma parte de la castellana.* Esta es verdad inconcusa, desde que la lengua que hablamos y de que se sirven nuestros literatos es la castellana. La literatura del Perú, a partir de la Conquista, es *literatura castellana provincial*, ni más ni menos que la de las islas Canarias o la de Aragón o Murcia, por ejemplo, puesto que nada tiene que ver con la literatura, la dependencia o independencia política de la región donde se cultiva. La lengua constituye el único criterio, y no meramente exterior, como podría creerse, puesto que implica *la forma*, que es de importancia capital en el arte, y de ordinario también (como entre nosotros) la influencia directa de la imitación y todo aquel heredado conjunto de reglas, procedimientos y direcciones que se denomina *tradición literaria* (220).

Si Riva Agüero quería destacar la importancia de la lengua en la literatura no hacía sino recordar lo indiscutible. Va más allá y niega la existencia de una literatura nacional peruana, que sólo puede ser una literatura castellana provincial, al igual que las literaturas de los demás países hispanoamericanos. Podría decirse que el concepto es de alcance puramente teórico, puesto que, a fin de cuentas, lo que el lector tiene entre las manos es un libro dedicado a esa literatura nacional que carece de existencia propia. Sin embargo, el problema no es tan sencillo y reclama algunas observaciones. La teoría está fundada en una confusión entre la literatura castellana y la literatura escrita en castellano, que no son la misma cosa. Si se acepta, como quiere Riva Agüero, que el idioma es el único criterio para definir una literatura, podemos convenir en que existe una literatura escrita en español (que abarca la literatura castellana y las literaturas hispanoamericanas), pero no comprendemos cómo se llega a la conclusión de que existen una literatura castellana y varias literaturas provinciales. ¿De dónde viene la idea de *provincialidad*, si el propio Riva Agüero piensa que no hay relación alguna entre la literatura y la dependencia o independencia política de la región en que ésta se cultiva? El idioma tuvo su origen en Castilla, pero ahora pertenece por igual a España y a los países hispanoamericanos, a la antigua metrópoli

y a las antiguas colonias; en todos estos países se habla y escribe el español con la misma autoridad y el mismo derecho. El error de Riva Agüero no es sólo teórico, sino que tiene consecuencias en la práctica. En efecto, si como él cree existen una literatura castellana y varias literaturas provinciales (a menos que pensara, lo que no parece el caso, que también la literatura de Castilla es una literatura provincial, que sólo existen literaturas provinciales en pie de igualdad y ninguna central) es natural que de la periferia miremos hacia el centro, que nos sometamos a la influencia preponderante de la literatura castellana, lo cual —como pronto veremos— es lo que aconsejaba Riva Agüero, en perfecto acuerdo consigo mismo. En cambio, si no existen una literatura central y varias provinciales, sino solamente una literatura escrita en español, conformada por todas las literaturas nacionales de los países que hablan el mismo idioma, no cabe pensar en una influencia dominante, o bien esta influencia será ocasional y cambiará a medida que se desarrolle la literatura en los distintos centros. No se trata de una mera cuestión de nomenclatura. Sin duda, Riva Agüero tiene razón en integrar la literatura peruana en la tradición del idioma, pero se equivoca precisamente por no deducir las consecuencias del criterio lingüístico que ha propuesto. El carácter central que asigna a la literatura castellana es ajeno a este criterio. Considerar que el centro inamovible de la cultura se halla en Europa es una ilusión de la modestia o el complejo de inferioridad de los americanos, frecuente a comienzos de siglo. Hay que reconocer que entonces el error era más explicable, pues aunque había terminado la época colonial, las literaturas hispanoamericanas seguían siendo, en gran medida, imitación de la castellana. Esto es cierto de la literatura peruana —Pardo y Palma, Salaverry y Luis Benjamín Cisneros imitan todos en mayor o menor grado a los autores españoles—, pero no lo es tanto de otras literaturas hispanoamericanas. Por desgracia, Riva Agüero, buen lector de la literatura española y de la peruana, no parece haberse interesado mucho por las demás literaturas del continente: en todo caso, es claro que no había meditado en la importancia que revestían para la tradición común escritores como Martí o Sarmiento. Más aún, al escribir el *Carácter...*, Riva Agüero debería haber advertido, si no lo hubiese cegado su antipatía por el modernismo, que con Rubén Darío, gran maestro de la lengua, se invertía la tendencia tradicional, los españoles se convertían en deudores de los hispanoamericanos y la influencia se ejercía desde América y sobre la literatura castellana. El criterio del idioma hubiese sido entonces un instrumento crítico útil y no un pretexto para profesiones de fe hispanista.

No se puede negar al joven Riva Agüero el valor de las propias ideas: puesto que la lengua era el único criterio que permitía definir una literatura nacional, concluyó briosamente que las literaturas escritas en francés en Bélgica y Suiza son parte de la literatura francesa, la literatura brasileña es parte de la literatura portuguesa y la literatura norteamericana, parte de la literatura inglesa. Esto bastaría para probar los límites de sus teorías, pero Riva Agüero no se detiene aquí. Llevado por el furor teórico afirmará que los Estados Unidos no poseen una literatura original y que

sus poetas y prosistas (notabilísimos algunos, como Poe, Longfellow, Bryant, Irving, Emerson y Prescott) son enteramente europeos de educación y tendencias; son ingleses nacidos por casualidad al otro lado del Atlántico (243).

No es raro que estas extravagancias pasaran inadvertidas por esos años en que Rodó inventaba en el *Ariel* una versión de los Estados Unidos para acto seguido deshacerla con sus críticas. Los juicios de Riva Agüero pueden figurar junto a los de Rodó en la nutrida colección de errores y desencuentros entre los Estados Unidos y América Latina: lo único que demuestran es que conocía poco y mal la literatura norteamericana, quizá si a través de revistas francesas, y ésta es una de las pocas ocasiones en que se le descubre en flagrante delito de hablar de lo que no sabe. En el ejemplar del *Carácter...*, que corrigió de su puño y letra años después, con miras a una segunda edición, añadió el nombre de Whitman a su lista de autores norteamericanos. ¡Whitman, «un inglés nacido por error al otro lado del Atlántico»! Peor que peor.

Naturalmente, prosigue Riva Agüero, la literatura peruana no sólo es española por el idioma, sino también por el espíritu y los sentimientos que la animan. Los peruanos, al menos aquellos que cuentan para la producción literaria, son muy semejantes a los españoles. Sin embargo, nos acercamos cada vez más a Europa: «El Perú se *extranjeriza* y tiene que *extranjerizarse*» (223). Esto significa que estamos perdiendo el sello español y nos dedicamos a imitar cada vez más a otros países europeos, sobre todo a Francia. En ello puede haber mucho de provechoso y hasta de necesario, puesto que conviene proceder a la ruptura con los ideales políticos, filosóficos y religiosos de España (en el *Carácter...* el joven Riva Agüero se había proclamado anticlerical), pero es preciso evitar la ruptura con los ideales literarios. Es curioso que Riva Agüero use la expresión *extranjerizarse* para decir que el Perú deja de parecerse a un país extranjero (España), aunque sea para seguir a otro país extranjero (Francia). Una vez más incurre en el más frecuente de sus errores, tomar a una de las partes por el todo, confundir al Perú con su propia clase. Es cierto que, a fines del siglo pasado, la burguesía limeña era seguramente de costumbres muy españolas: los criollos —no el Perú entero, aunque sí uno de sus sectores más influyentes— seguían siendo, en gran medida, españoles provincianos o coloniales. Es natural, sin embargo, que a partir de la Independencia fuesen dejando gradualmente de serlo, no sólo por la acción de nuevas influencias europeas, sino por la distinta evolución de las formas sociales en el Perú y en España. El afrancesamiento que tanto irritaba a Riva Agüero es uno de los aspectos de este cambio y puede sorprendernos que le diera tanta importancia, que tuviera que pensar el Perú en términos de España y de Francia, con una mentalidad que no hay más remedio que llamar colonial y para la cual los elementos de la cultura están siempre en otra parte.

Riva Agüero piensa que más vale acabar con el mito de nuestra riqueza literaria. La literatura peruana es incipiente y, al igual que en las demás literaturas hispanoamericanas, predomina en ella la imitación sobre la originalidad. Es verdad que existen tres posibilidades de americanismo en literatura: para el americanismo histórico la época precolombina parece muy lejana, aunque merece la pena tratar asuntos de la conquista y la colonia; el americanismo regional da muestras de un agotamiento inevitable, por ejemplo en nuestros criollos y en los escritores gauchescos de la Argentina; por último, el americanismo descriptivo, en que se retrata la naturaleza americana, es el único aceptable sin ninguna clase de restricciones. Todas estas ideas tienen escasa relación con la crítica y conforman una especie de preceptiva inútil. La